

XVII Congreso Internacional de Historia Oral

“Los retos de la historia oral en el siglo XXI. Diversidades, Desigualdades y la construcción de identidades”

Buenos Aires, 4 al 7 de septiembre de 2012

Algunos rasgos de la cultura obrera en el área metropolitana bonaerense (1950-1980)

Nombre y Apellido: ALEJANDRO MIGUEL SCHNEIDER

Filiación Académica: Universidad de Buenos Aires (UBA) Universidad Nacional de La Plata (UNLP)

Correo electrónico: [aschneider98@yahoo.com.ar](mailto:aschneider98@yahoo.com.ar)

Subtemas: Historia Oral y Mundo del Trabajo. Percepción individual y colectiva del mundo del trabajo: trabajo, sindicato, fábrica y los límites y control de género en el universo del trabajo.

Entre las décadas de 1950 a 1980 el movimiento obrero desempeñó un papel protagónico en la sociedad argentina. Esto se expresó en una ascendente presencia en múltiples ámbitos de discusión y decisión. Según todos los estudios sobre la época, la clase trabajadora cobró un peso determinante en la estructura social del país, no sólo sin ningún apoyo gubernamental sino en abierta oposición a las diferentes gestiones presidenciales.

Esto cobró su mayor expresión en el área metropolitana de Buenos Aires. En esa región, en el transcurso de esas décadas se produjo un importante crecimiento del sector manufacturero; en él convergieron nuevas áreas productivas, junto con un notable aumento en la urbanización, y una masiva proletarización de la fuerza de trabajo alrededor de grandes establecimientos fabriles. Estos elementos combinados desarrollaron, como lo indicaron diversos enfoques sociológicos, una clase obrera madura.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Al respecto se destacan los análisis de Di Tella, Torcuato. *El sistema político argentino y la clase obrera*. Buenos Aires, EUDEBA, 1964, pp.11 y 12 y Torre, Juan Carlos. *Los sindicatos en el gobierno 1973-1976*. Buenos Aires, CEAL, 1983, pp.10 y 11.

Esta ponencia eligió dicha región porque en ella se conformaron pautas obreras específicas como consecuencia del proceso fabril experimentado y por la férrea vinculación entre los pobladores de esos municipios. Si bien es difícil establecer un único parámetro socio-económico, se pueden observar ciertos lineamientos homogéneos en cuanto a la organización de las relaciones laborales y en lo referente a las condiciones de vida de los trabajadores de la zona.

De este modo, se buscó reconstruir el ámbito de sociabilidad de los trabajadores a través de su funcionamiento concreto, enmarcado en una realidad específica. Así, hubo un particular interés en explorar el modo en que los obreros constituyen su identidad y su conciencia sobre la base de su experiencia y de las prácticas sociales con las otras clases; cómo se nutrieron sus pautas culturales a partir de las percepciones que poseen de sí y de los demás actores sociales.

Corresponde observar que cualquier tipo de actividad gremial no puede entenderse como una simple sumatoria de medidas de fuerza sino que la misma debe ser estudiada considerando otras perspectivas. En este sentido, las prácticas sindicales adquieren una mejor comprensión si se las examina como una parte integrante y esencial de la cultura de los trabajadores de esos años.<sup>2</sup>

De este modo, esta ponencia intenta reflexionar sobre algunas particularidades que mostró la clase obrera durante esos años. Si bien la cultura obrera se conforma en el seno de las relaciones que nacen en el ámbito laboral, ésta tiende a reproducirse en otros espacios territoriales; en particular, en los lugares de residencia. En esos intersticios se intercambian saberes, tradiciones, experiencias y memorias entre los trabajadores; a su vez estos, además, la transmiten en forma generacional. En la práctica cotidiana se establecen una serie de elementos en común que refuerzan la identidad de la clase obrera.

El estudio sobre el comportamiento de la clase obrera y las medidas de fuerza que protagonizaron no deben ser comprendidos como el mero resultado de una conducta economicista. Lejos de esa estrecha mirada se busca entender que

---

<sup>2</sup> Del mismo modo que lo subraya Eric Hobsbawm, en su ensayo sobre la clase trabajadora británica, el vocablo "cultura" se lo utiliza aquí en su "sentido más amplio". Hobsbawm, Eric. "La formación de la cultura obrera británica"; en Eric Hobsbawm. *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*. Barcelona, Crítica, 1987, p. 227.

la actividad de los trabajadores no estuvo orientada sólo por factores económicos sino que intervinieron ideas y valores desarrollados a partir de la experiencia hecha como sujeto colectivo. De este modo, se logra una mayor captación del proceder del mundo laboral a partir del análisis de algunos de esos rasgos sociales y culturales; para acercarse a esa meta, se estima necesario aprehender esa riqueza desde el uso de la historia oral.

El empleo de entrevistas orales a diferentes trabajadores implica un conjunto de observaciones. Es una perogrullada admitir que apelamos a esta metodología como complemento y como forma de llenar los espacios vacíos que nos deja la documentación escrita. Sin embargo, además de utilizar el testimonio como una fuente de investigación histórica, se busca que ésta no cumpla un papel de simple aporte de un conocimiento factual sobre acontecimientos específicos. Se intenta que esta técnica posibilite acercarnos a toda una serie de cuestiones subjetivas que nos serían imposibles de acceder por otros medios. El uso de la historia oral se constituye en un mecanismo imprescindible a la hora de reconstruir un cruce de diferentes variables que intervienen en los distintos procesos sociales y en donde lo que importa, al menos, en nuestro caso, son los sujetos de carne y hueso que conviven y trabajan en forma diaria. Aprehender los distintos aspectos que conforman la cotidianidad de los entrevistados nos aproxima y nos aclara rasgos que son parte de la condición obrera.

Las trayectorias de vida de los testimoniados nos remiten a cuestionar no sólo sobre el sujeto indagado sino que también nos conduce a pensar problemáticas referidas a los gremios, al contexto político, al espacio urbano y a la sociedad en su conjunto. Esta modalidad sirve tanto para instalar las voces de los sujetos en la esfera pública como una forma de conocer sus reflexiones, sus experiencias, sus valores y su cultura; por lo pronto, denota traspasar la mera transcripción de los relatos para tratar de reflexionar sobre sus significados. Además, el relato testimonial conduce a un permanente enriquecimiento de la investigación ya que nos lleva al replanteo de nuevas hipótesis e interrogantes.

La reconstrucción emprendida en esta investigación no fue algo pasivo; por el contrario, la realización de entrevistas, la selección de los testimonios, la

elaboración de las preguntas, tuvieron una expresa intencionalidad. Desde el comienzo, desde la búsqueda de contactos a entrevistar para la pesquisa, se manifestó el alcance y la intencionalidad de la pesquisa. Como se ha mencionado en reiteradas oportunidades, el resultado del diálogo con los testimoniados es fruto del intercambio de saberes, miradas, expresiones, opiniones, experiencias, entre el narrador y el investigador.

Si bien se presupone correctamente que la persona entrevistada no habla por sí sola sino que tras su relato se esconde un proceso social en el tiempo, es importante volver a tener esta cuestión presente en los estudios del período. Por otro lado, es válido recordar que los testimonios expresan un proceso previamente construido que ha sido alimentado en forma individual y social. Asimismo, el recuerdo, al momento de revelarse al interlocutor, se hace (de manera intencional o no) con un expreso conocimiento que ese saber escapa del ámbito de lo privado para entrar al de la esfera pública.

Una problemática que merece atención es la previa preparación de la entrevista que realiza el testimoniado. Este es consciente que sus pensamientos y su voz queda registrada en una obra pública. Además, sabe que el sujeto que lo interpela proviene de un ámbito distinto al de él. El diálogo entre entrevistado e interrogador se cimienta en la relación marcada por la experiencia de vida de ambos sujetos, la entrevista es consecuencia de una relación dialéctica entre dos seres con diferentes objetivos y subjetividades. En otras palabras, el entorno intencional que cubre el relato conversacional no se encuentra ausente; de este modo, el testimoniado habla para el entrevistador, para sus antiguos compañeros de trabajo, sus vecinos y familiares y para un futuro escrito.

No es sólo una recuperación de las experiencias, tradiciones, valores y cultura de la clase trabajadora sino también un rescate de lo que los propios entrevistados hacen de su práctica social y gremial. Se examina un proceso de reconstrucción ideológica del pasado condicionado por la percepción y la reflexión que el entrevistado tiene en el presente. A su vez, ésta ha sido marcada por su historia personal y social en tanto individuo y en tanto miembro de una clase determinada. Es en última instancia una reelaboración distorsionada del pasado,

que se transmite para conformar una cosmovisión interesada. Sin duda, en esta perspectiva también actúan las preguntas del interlocutor; de este modo, la entrevista es fruto de un diálogo entre el protagonista y el historiador.

Para indagar sobre estas cuestiones el presente escrito quiere reflexionar sobre algunas características culturales que presentó la clase obrera durante esas décadas. En particular, por la extensión de esta ponencia, nos interesa observar cómo los trabajadores se valieron de su capacidad de organización -materializada en gran medida- en sus entidades gremiales en diferentes momentos de su historia.

Esta situación cobra relevancia si se considera el factor de poder indiscutible que poseyeron los sindicatos en la Argentina. Su fuerza social no solamente descansó en el número y en la capacidad de integrar a su esfera de acción a una proporción significativa de la población, también en el impacto que tuvieron sus demandas políticas y económicas en el conjunto de la sociedad. Sus funciones escaparon al simple planteo reivindicativo. Su presencia se manifestó, en la vida cotidiana de los trabajadores, en los reclamos diarios dentro de los lugares de empleo y en sus actividades asistenciales, sobre todo, en la salud y en la recreación. Por último, no por eso menos importante, su peso se hizo sentir en las decisiones gubernamentales.

El trabajo en las unidades de producción, con la explotación cotidiana del capital expresada en los enfrentamientos diarios con supervisores, gerentes y empresarios junto una reiterada práctica gremial incidieron en la conformación de una experiencia y una conciencia obrera. Corresponde observar que el sentimiento de enajenación no implicó –en la mayoría de las ocasiones- una correspondencia inmediata con la idea de destruir al capitalismo. La existencia del proletariado es condición de cualquier forma de conciencia obrera revolucionaria, pero aquella no se genera automáticamente.

En numerosas circunstancias, los trabajadores fueron conscientes de las relaciones de fuerza y el ánimo en que se encontraban ellos y sus compañeros para iniciar, desarrollar o culminar una medida de protesta. En cada enfrentamiento, cualquiera que haya sido, los trabajadores mostraron un

determinado nivel de conciencia de su disposición como clase para poder llevarlo adelante. En los hechos, las distintas formas de protesta, desde los trabajos a reglamento pasando por las huelgas y los paros hasta las ocupaciones fabriles, indicaron rasgos singulares de su condición obrera. En mayor o en menor grado, la puesta en práctica de tales acciones implicó la previa existencia de una organización, de una asociación surgida que sirva para el embate.

En síntesis, esta coordinación no surgió de la nada, sino que fue resultado de la experiencia y de los saldos que dejó cada conflicto en la memoria de la clase obrera. Por otra parte, tales pugnas reflejaron la participación colectiva en el proceso de trabajo. Si bien la complejidad de los sistemas productivos, la organización por departamentos y secciones, hizo que los trabajadores no controlaran el conjunto de la producción como en la época artesanal, ésta no terminó perdiéndose del todo.

Asimismo, su presencia en la producción cobró forma en los constantes límites que se imponía cuando supervisores y gerentes intentaban incrementar los ritmos de trabajo o se modificaba la organización del sistema laboral. No obstante, en las medidas de fuerza, los obreros demostraron un efectivo control en ciertas áreas o secciones de las fábricas, haciéndolas funcionar, incluso, sin la presencia gerencial o de la patronal. Corresponde subrayar -como correlato de esta conciencia e identidad con su condición obrera- que en la mayor parte de los conflictos registrados no hubo destrucción de máquinas o herramientas de trabajo. Por el contrario, tanto las fuentes escritas como los testimonios consultados aludieron a la permanente preocupación por preservarlas. Al respecto un obrero reflexionó:

*“vos podés tener problemas con la empresa, pero las herramientas son las fuentes de tu trabajo, si no las cuidás vos, quién te la va a cuidar.”<sup>3</sup>*

En un ámbito más amplio, esta conciencia, según la coyuntura histórica política, se expresó a través de diversos canales. En algunas circunstancias, sus

---

<sup>3</sup> Lalo, más de 70, ex obrero, San Isidro, 10 de noviembre de 1998, entrevistado por Alejandro Schneider.

manifestaciones quedaron opacadas por las posturas de partidos políticos, máxime, por la ideología y el discurso justicialista. De ahí que en buena parte de la bibliografía existente se produzca una asociación explícita o tácita entre el accionar y el comportamiento obrero como sinónimo de identidad peronista.

Cuestiones tales como la necesidad de la organización, la solidaridad, el orgullo de un oficio, la igualdad en las remuneraciones, la dignidad de las condiciones de labor y el reconocimiento que los trabajadores constituyen una clase distinta, con diferentes intereses, fueron algunos de los rasgos culturales que contribuyeron a su identidad como sujeto social. Estas percepciones fueran propias de la clase obrera, independientemente de las ideologías políticas que profesaba. Esto también se expresó en que los trabajadores poseyeron una profunda conciencia de la necesidad de pertenecer a un sindicato y el de disponer de diferentes órganos de base (comisiones internas, cuerpos de delegados) para hacerse escuchar y poder obtener sus reivindicaciones. Como explicaba un obrero del gremio de la carne consultado:

*“Los delegados eran muy buenos tipos, muy buenos tipos, hablando desde fines del 50, más o menos, hasta la época de..., hasta el 70, había delegados muy buenos. Delegados que enfrentaban realmente al patrón y lo que se hacía ver, lo hacían valer, no dejaban al obrero solo, que lo jodan... pero lo bueno dura poco.”<sup>4</sup>*

La explotación capitalista en las fábricas y en los lugares de empleo, producto de las relaciones de producción, fue la base primigenia que permitió consolidar la identificación y la pertenencia a un sindicato. Los trabajadores fueron adoptando la organización gremial como una herramienta básica e indispensable en su labor; ya fuese para la defensa de sus intereses materiales o como un instrumento que le servía para mejorar su desempeño. Sobre el particular, un ferroviario recordaba:

---

<sup>4</sup> Carlos, más de 70, ex obrero, Tigre, 12 de octubre de 1992, entrevistado por Alejandro Schneider.

*“Ni bien ingresé al ferrocarril me incorporé al sindicato de La Fraternidad, me comprometí [a] ser socio de La Fraternidad para que después me acepten ir a la escuela [del gremio]. [...]”*

*“Fue el gremio más democrático del país, por sus propios estatutos, y porque, además, todos los lunes hacían asambleas, [...] en las asambleas se discutían todos los problemas [...] [con énfasis] todos los afiliados pedían la palabra y tenían derecho a votar, a ser elegidos y a participar de las asambleas.”<sup>5</sup>*

Esta concepción de las entidades gremiales se conformó de modo independiente de las prácticas poco democráticas de la mayoría de sus burócratas nacionales. A pesar de su presencia, los trabajadores -en numerosas coyunturas- se valieron de diversos mecanismos institucionales legales, que servían de respaldo a esos dirigentes, para tratar de desplazarlos. El sindicato era considerado como un espacio propio que se defendía y un ámbito donde se participaba a través de diferentes instancias, al margen de sus ocasionales representantes. Asimismo, por fuera de la conducta de estos hombres, se avalaba su pertenencia a dicho ámbito a través de un alto nivel de acatamiento y disciplina a las órdenes emanadas por los cuerpos orgánicos. Esta centralización se dio tanto en aquellas instituciones que adoptaron la forma de una federación como las que asumieron la estructura de una unión.

Aunque este centralismo fue eficaz para la realización de acciones conjuntas, muchas veces la rígida disciplina derivó en conductas verticalistas. Por otra parte, valga aclarar que no siempre los sindicatos actuaron canalizando las demandas; hubo momentos, en que la fuerza de los reclamos laborales desde los órganos de base fue superior a las órdenes emanadas por los dirigentes.

En las entrevistas se observa como el presente interviene en el contenido de la memoria. Existe una permanente comparación entre esos años y la actualidad. En sus palabras y reflexiones se transmiten las visiones, más o menos elaboradas, sobre lo que representaba la actividad sindical del período. En el proceso del recuerdo se encuentra asociado e influido con las situaciones y valores de la actualidad, del momento en que se efectúa la entrevista y por el

---

<sup>5</sup> Luis, más de 80, ex obrero, Capital Federal, 21 de julio de 2000, entrevistado por Alejandro Schneider.

diálogo conversacional con el interlocutor. El recuerdo que brota del reportaje es una reelaboración de la memoria y es una respuesta (consciente o inconsciente) a la coyuntura histórica y al entrevistador. En el caso de la Argentina, las reflexiones y las perspectivas están mediadas por el paso de diversas dictaduras y por más de veinticinco años de democracia. Así, lo afirmaba un ex trabajador ferroviario:

*“Aun cuando vino la Revolución Libertadora, un tal Sumer, no sé si lo conociste, que había intervenido la Unión Ferroviaria. Era un hijo de puta. Íbamos a las reuniones, los peronistas, los contreras, estaban todos, sacó un revólver alguna vez. Tiró dos tiros al aire de arriba, del escenario, porque tenía un escenario. Y un peronista le dijo: ‘Vos, ¡qué gordo de mierda!’ ‘¿Qué querés, que te mate?’. Todas esas boludeces. A ese tipo, que Dios me perdone, le colocamos una bomba en la puerta de la casa. Le levantamos la puerta y las ventanas. Si vos me decís a mí hoy, en día, uno pensaría un poco más, por ahí había chicos, había familia, el que tiene sentimientos...”*  
(...)

*“Y la máquina quedaba parada. Íbamos y le cortábamos esto, le cortábamos lo otro. Le rompíamos un vidrio acá, le rompíamos el otro allá. Los inyectores se los destornillábamos y le quedaba la palanca suelta. Cualquier cosa. No sé, si estaba bien o está mal. Claro, si yo lo tengo que mirar es sabotaje. Lo hacíamos por la resistencia. Provocando un estallido para poder provocarle a los tipos alguna bronca o algún desastre. Y las máquinas no salían. Salía una y diez quedaban paradas. Y los trenes precisaban ir a Constitución, o salir a Remedios de Escalada, la que iba a Temperley, y no salían y la gente quedaba parada.”<sup>6</sup>*

Es evidente que el protagonista relata, en forma consciente, lo que significa su experiencia en el presente. Es inevitable que se haga el contraste con la visión que se tiene en el momento de la realización de la entrevista. La transformación del espacio público y los cambios en la sociedad civil intervienen en el recuerdo y en las reflexiones.

Por otro lado, las relaciones de poder también se disputaban en la vida diaria. En el barrio, en las casas de familia, en los clubes, se iban gestando la organización y se llevaban a cabo las actividades que se discutían originalmente en las fábricas y talleres. Esta es una vivencia colectiva atravesada por la defensa

---

<sup>6</sup> Juan, más de 70, ex obrero, Lanús, 10 de julio de 2009, entrevistado por Alejandro Schneider.

su identidad política, de su cultura de clase y de su memoria social. De este modo hubo una notable aceptación dentro de la población de las prácticas realizadas por el activismo. Existió una búsqueda por defender los espacios del quehacer cotidiano, esto implicó una conservación de los ámbitos que se consideraron como propios. Juan recuerda que:

*“...vos sabías quien era el contrera del barrio, o sea, el que estaba en contra. Ya estaba marcado. Sabías que aquel era, y ya, es contrera. Y bueno, vos decís ‘este es, creo que no es’. Este es contrera. Y vos encontrabas veinte contreras. Era la palabra que yo utilizaba: ‘contrera’. Ni siquiera ‘gorila’, después empezó a venir el adjetivo ‘gorila’. ‘Che, aquél es contrera’. Y nosotros, como buenos peronistas, o buenos... íbamos y le pegábamos un cartel en la pared. Yo me acuerdo que hice una, estaba Perón en una foto, así inclinado, riéndose.”<sup>7</sup>*

Sobre la base de los testimonios de estas acciones es que se busca extraer algunas consideraciones sobre la forma que adquirió la cultura obrera en los diferentes ámbitos de la vida cotidiana:

*“¿Cómo te empezaste a ligar más orgánicamente?  
Primero, ya tenía algunos amigos del barrio ahí conocidos, nos empezamos a conocer y nos empezamos a ligar a un guarda del tranvía que era el que organizaba a todos los pibes de ahí, y ahí empezamos a hacer acciones. Primero, yo hice acciones de quemar tranvías por ejemplo, primero ahí con los pibes del barrio sin tener organización ‘vamos a parar al tranvía y vamos a parar al tranvía’ todo el mundo se ubicaba, levantaban las vías, desclavaban las vías para que no pase el tranvía y después venía una cuadrilla a arreglar y todo eso..., pero ahí fuimos a quemar, ahí empecé mi primera experiencia y ahí me puse, como te puedo decir, tuve experiencias que nunca me habían sucedido, entonces era... un entusiasmo tenía, ahí veíamos todo lo que nos decías para nosotros era... no era imposible, había que hacerlo, había que hacerlo...”<sup>8</sup>*

El accionar de los trabajadores se ha nutrido no sólo de las relaciones de producción en la que están sometidos, de la explotación y de la experiencia laboral

---

<sup>7</sup> Juan, más de 70, ex obrero, Lanús, 10 de julio de 2009, entrevistado por Alejandro Schneider.

<sup>8</sup> Cabezón, más de 70, ex obrero, Campana, 9 de julio de 2008, entrevistado por Alejandro Schneider.

sino también de diferentes aspectos de la vida cotidiana que trascendieron a la estructura productiva. Los barrios y los vecinos, el entramado urbano que rodeaba a las fábricas, fueron esenciales tanto en la conformación de una cultura, de una identidad como de una conciencia obrera.

En este sentido, los ámbitos de sociabilidad que tuvo la clase obrera junto con sus familias durante esas décadas fueron de extraordinaria riqueza. Éstos se expresaron tanto en entidades formales como en asociaciones no institucionalizadas. Las primeras cobraron forma en sindicatos (nacionales y seccionales locales), juntas vecinales, clubes, sociedades de fomento, bibliotecas populares, asociaciones mutuales. La segunda se plasmó en los bares cercanos a la fábrica, el “picado” en el potrero, las plazas, las esquinas, las veredas. Estas instituciones (manifiestas y tácitas) colaboraron en dotar un sentido de pertenencia y de identificación con el barrio y con las propias pautas culturales de la clase trabajadora. La solidaridad, la búsqueda de asociarse en pos de objetivos comunes, la recreación de mecanismos que conducen a la colaboración mutua y hasta la propia necesidad humana de encontrar tiempo para el esparcimiento fueron elementos que intervinieron para conformar una homogeneidad de clase.

Dichos factores contribuyeron a generar espacios de actividad específica con indicios simbólicos precisos. Éstos permitieron constituir una base mínima de supuestos comunes que ayudaron a establecer una cultura muy peculiar, la que fue alimentada por costumbres y comportamientos consensuales. Tampoco estuvieron ausentes las normas consuetudinarias que se elaboraron en oposición y en distinción de otras clases sociales. La tendencia a asociarse en diferentes entidades barriales o laborales demostró el grado de madurez alcanzado por esta clase obrera netamente urbana. Asimismo, la actividad laboral en las fábricas homogeneizó la conciencia pese a los diversos orígenes migratorios. Por otra parte, estas experiencias externas que se elaboraban al margen del proceso productivo influían en este último. La cohesión para la realización de las medidas de fuerza no sólo se creaba en los establecimientos fabriles sino que también ésta se solidificaba y se nutría de la vida cotidiana de los barrios. En realidad, éstos trasladaron sus experiencias a los vecindarios que habitaban. El obrero que

participaba de actividades colectivas en la fábrica, y en algunos casos podía llegar a convertirse en activista, arrastraba dicho saber hacia sus lugares de residencia. La sociabilidad adquirida, cotidianamente, en el taller -y que cobró forma en un sindicato- la recreaba en el barrio. Ésta no se dio únicamente en aquellas áreas que contaban con filiales de los gremios nacionales o en los sindicatos de fábrica, sino también en sociedades de fomento y juntas vecinales. Los tipos de vivienda, los lugares donde se instalaron, la compleja relación mantenida con los establecimientos fabriles reflejaron (y fueron fruto) del régimen de explotación nacido en el ámbito laboral. Las relaciones de fuerza entre las clases tuvieron su expresión fuera del trabajo; de este modo, entre ambos espacios existió una común identidad de clase.

Los trabajadores participaron con un alto grado de organización y compromiso en todas estas actividades. Un posible motivo para ello quizá se encuentre en la valoración dada al ámbito de residencia como un territorio que se debe defender de agresiones externas a su clase. En consecuencia, como producto de que dicho espacio era considerado como parte integrante de sus pertenencias, con el que se sentían identificados, el esfuerzo colectivo tendía a ser más eficaz.

En esas prácticas, desarrolladas por fuera de las unidades de producción, se halla uno de los elementos centrales que explica la relación entre obreros y vecinos en los conflictos. La actividad obrera involucraba a la familia, al barrio y a una extensa red social que compartía una experiencia en común, como clase trabajadora, en contraposición a los intereses y objetivos de los empresarios y el estado. De este modo, esta “conciencia práctica”, en palabras de Raymond Williams, era más importante que las lealtades políticas o los valores ajenos a su clase.<sup>9</sup> Esto no niega ni desconoce la presencia y el impacto que tuvieron aquellas ideologías propias de la clase dominante en este proceso.

El agrupamiento, las actividades realizadas en común, la homogeneidad nacida con la experiencia laboral, reproducidos tanto en las unidades de producción como en los ámbitos de residencia, y las luchas desarrolladas contra el

---

<sup>9</sup> Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Badalona, Ediciones Península, 1980, p.153.

capital fueron factores esenciales para crear y reelaborar una conciencia obrera. Los gremios y las asociaciones intermedias barriales se convirtieron en las instituciones formales contenedoras de esa identidad y de esa práctica obrera. Paralelamente a ellas hubo otros mecanismos informales que contribuyeron a ese proceso.

*“Nosotros resistíamos todos los días. No me bancaba la situación, la humillación cotidiana de la fusiladora, había que resistir, había que hacer algo, lo que sea...lo peor ya había pasado.... Nos juntábamos, en la sociedad de fomento, en Virreyes, eso era un hervidero...”<sup>10</sup>*

Por fuera de los sindicatos y de las sociedades de fomento, la clase trabajadora mantuvo una rica práctica social en otros ámbitos espaciales, por ejemplo, los bares y billares cercanos a las fábricas. En general, éstos funcionaban como un sitio de encuentro, de recreación y, a veces, de discusión de los problemas laborales, primordialmente, cuando ésta no podía llevarse a cabo en los establecimientos fabriles ni en las sedes gremiales.

Esto muestra el interés de recrear las pautas y las costumbres nacidas en el ámbito laboral en otros sitios. Hay un gusto por compartir con otros la cultura, los valores, las ideas y las normas. A su vez, esta práctica fue reforzando la identidad, la cohesión social y la conciencia como clase en oposición a otras. De este modo, los lazos horizontales que se establecían tanto en las unidades de producción como en los barrios tendían a sostener la solidaridad y la organización en el seno de la clase trabajadora. Lalo, nos rememora que las acciones se hacían en diferentes momentos del año:

*“¿Y cómo se organizan en el barrio? ¿Cómo es la Resistencia? La resistencia en el barrio... Yo lo que sé es que... habíamos perdido el miedo, aunque sabíamos que en cualquier momento éramos aka. Porque mandaron un decreto y a la mierda. Nosotros cantábamos la marcha. El día de Navidad, en Año Nuevo, el primero de mayo, el 17 de octubre... alguien sacaba un disco y se escuchaba la música por la ventana... se sentía a diez cuadras...”<sup>11</sup>*

---

<sup>10</sup> Pedro, más de 80, ex obrero, Victoria, 28 de enero de 1998, entrevistado por Alejandro Schneider.

<sup>11</sup> Lalo, más de 70, ex obrero, San Isidro, 10 de noviembre de 1998, entrevistado por Alejandro Schneider. El término *aka*, en idioma quechua, significa excremento.

Al ser parte integrante de esa cultura, el proceso de agrupación se realizó sin reglas estrictas por medio de comunicaciones no verbales. Como observa Wally Secombe, la experiencia común de vivir en un mismo barrio contribuyó tanto a la identidad de la propia clase trabajadora como a atenuar las diferencias engendradas por la afiliación a distintos gremios y por las jerarquías ocupacionales.<sup>12</sup>

En los barrios, las relaciones primarias escapaban a los límites impuestos por la típica familia nuclear. Los vínculos se expandían a grupos cercanos (padrinazgos, tíos postizos) pertenecientes al ámbito laboral y al residencial. Esto se consolidaba a diario, de manera imperceptible. La propia calle, “hacer vereda” en verano, “conversar mientras se regaban las calles de tierra”, como espacio cotidiano de sociabilización, implicaba un lugar de encuentro.<sup>13</sup> En ciertas ocasiones, esos vínculos se manifestaban cobrando identidad colectiva propia; por ejemplo, en las fiestas, se expresaban por medio de entidades, como algunas juntas vecinales que organizaban una Navidad barrial o una murga. A título de ilustración, varias barriadas de San Isidro y de San Fernando, para carnaval, competían en desfiles en las avenidas céntricas de esos distritos, participando con elementos caseros y una rústica ornamentación.<sup>14</sup>

Estas actividades comunales de esparcimiento reforzaron las redes de relaciones y el entramado social. Se estableció un sistema no-verbal de comunicación que, de manera permanente, estructuró una forma de comportamiento aceptado en la clase, aceitando los vínculos entre individuos, familias, grupos de amigos y asociaciones voluntarias.

Por otra parte, sería un error considerar que ésta era la única ética existente en el seno de la clase obrera. Junto con ella convivían algunas aspiraciones individualistas, como el deseo de un taller propio o la ansiedad de lograr una mejor posición social, entre otras. La existencia de formas de vida alternativas, propias

---

<sup>12</sup> Secombe, Wally. *Weathering the Storm. Working Class Families from the Industrial Revolution to the Fertility Decline*. New York, Verso, 1995, p. 139.

<sup>13</sup> Raquel, más de 80, ex obrera, Beccar, 6 de marzo de 1990, entrevistada por Alejandro Schneider.

<sup>14</sup> Ramón, más de 80, ex empleado, Beccar, 20 de junio de 1990.

de una sociedad estructurada en clases antagónicas, hicieron que muchas veces entraran en tensión. Sin embargo, esto no niega los atributos y las características antes mencionados.<sup>15</sup>

En síntesis, no es una tarea sencilla realizar un análisis acerca de las características sociales y culturales que presentó la clase obrera durante esos años. En este artículo se han esbozado algunos rasgos que describen y explican el comportamiento gremial, cultural y político de los trabajadores haciéndose eje en la conciencia que nace en los lugares de producción y se traslada tanto a las entidades sindicales como a los ámbitos de residencia.

El empleo de la historia oral nos ha permitido esta reconstrucción colectiva del quehacer cotidiano. La voz y las expresiones de las personas entrevistadas transmiten un conjunto de saberes y prácticas que facilitan una mayor comprensión de las condiciones materiales de vida. Los testimonios reconstruyen una historia con un fuerte contenido basado en la experiencia; expresando sentires y vivencias con saberes generacionales, identitarios y de clase. Esto nos posibilita una valiosa aproximación a un estudio de lo que se encuentra vivo e inconcluso, propio de una perspectiva que rescata la historia del tiempo presente.

## Bibliografía

Di Tella, Torcuato. *El sistema político argentino y la clase obrera*. Buenos Aires, EUDEBA, 1964.

Hobsbawm, Eric. *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*. Barcelona, Crítica, 1987.

Secombe, Wally. *Weathering the Storm. Working Class Families from the Industrial Revolution to the Fertility Decline*. New York, Verso, 1995.

Torre, Juan Carlos. *Los sindicatos en el gobierno 1973-1976*. Buenos Aires, CEAL, 1983.

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Badalona, Ediciones Península, 1980.

---

<sup>15</sup> Fink, Leon. *In Search of the Working Class. Essays in American Labor History and Political Culture*. Chicago, University of Illinois Press, 1994.

